

ERRATAS SUSTANCIALES

En la página 48, líneas 10 y 11, léase:

«Celebróse el matrimonio por poderes en Quito el 20 de abril de 1828: dos días después que el vergonzoso y lamentable motín militar de Chuquisaca....»

En la página 51, línea 15, léase: «sepulten» en vez de «degiellan.»

En la página 83, línea 23, léase: «accesión» en vez de «acción.»

PRIMER CINCO AÑO ILUSTRE

Dentro de poco hemos de rendir el merecido homenaje de gloria al admirable joven Capitán Abdón Calderón, con motivo del primer centenario de su nacimiento. Hoy tenemos á bien ocupar las primeras páginas de esta revista con reminiscencias históricas concernientes á otro hijo de esta comarca que hoy se llama *del Azuay*, seguramente el primero que, entre sus paisanos, consiguió ilustrar de tal manera su nombre, que, á pesar de lo oscuro de aquellos tiempos, ha dejado esclarecida memoria, que admira á la posteridad, no obstante el cambio de civilización que introdujo la conquista española en las principales regiones del continente americano.

Cuenca, la antigua *Tumbumbina*, que, á par del Ecuador, se gloria de haber dado, para la independencia, héroes como Calderón, en Pichincha, y Lamar, en Ayacucho, tiene muy buen fundamento para preciarse igualmente de haber sido la cuna del mayor de los emperadores ó incas peruanos, cabiéndole así la afortunada particularidad de ser madre de este famoso emperador y también del primer presidente de la república peruana, esto es, del bravo General Don José Domingo de Lamar, cuya heroicidad fué tan brillantemente oñtada por el más excelso de nuestros poetas.

El emperador de quien hablamos fué el célebre HUAYNA CAPAC ó HUAYNACAVA, como le llaman algunos de las historias de las antigüedades de América. Al testamento de unos pocos, cuyas obras tenemos á la mano, vamos á ocurrir, para hablar, mediante una sencilla trascripción de pasajes suyos, acerca del lugar en que nació este Incá y de las notables prendas que le hicieron sobresali-

entre los demás miembros de la afamada dinastía de los Hijos del sol.

Más podríamos inquirir y copiar, de lo que han escrito los mismos y otros historiadores; pero tememos fastidiar al lector y nos limitamos á lo que sigue, tejiéndolo por bastante para nuestro intento de conmemorar á este otro ilustre cuencano.

LUIS CORDERO.

Por la sucesión de estos Incas, vino el señorío á uno de ellos, que se llamó *Guaynacawa* (quiere decir mancocho rico), que fué el que más tierras ganó y acrecentó á su señorío, y el que más justicia y razón tuvo en la tierra, y la redujo á policía y cultura, tanto que parecía cosa imposible una gente bárbara y sin letras regirse con tanto acierto y orden y tenerle tanta obediencia y amor sus vasallos, que en servicio suyo hicieron *dos caminos* en el Perú, tan señalados que no es justo que se queden en olvido; porque ninguna de aquellas que los autores contaron por las siete obras más señaladas del mundo se hizo con tanta dificultad y trabajo y costa como éstas. Cuando este *Guaynacawa* fué desde la ciudad del Cozco con su ejército, á conquistar la provincia de Quito, que hay cerca de quinientas leguas de distancia, como iba por la sierra, tuvo grande dificultad en el pasaje, por causa de los malos caminos y grandes quebradas y despeñaderos que había en la sierra por do iba. Y así, pareciéndoles á los indios que era justo hacerle camino nuevo, por donde volviese victorioso de la conquista, porque había sujetado toda la provincia, hicieron *un camino* por toda la cordillera, muy ancho, llano, rompiendo é igualando las peñas donde era menester, é igualando y subiendo las quebradas de manpostería, tanto que algunas veces subían la labor desde quince y veinte estados de hondo, y así dera este camino por espacio de las quinientas leguas. Y dice que era llano cuando se acabó, que podía ir una carreta por él, aunque después acá, con las guerras de los indios y de los cristianos, en muchas partes se han quebrado.

de las mamposterías de estos pasos, por detener á los que viesen por ellos, que no puedan pasar.

Agustín de Zárate.

Desde estas tierras (Bacamoros), donde ya había reformado, se afirma también que envió capitanes con gente la que bastó, á que viesen la costa de la mar lo que había á la parte del Norte, y que procurasen de atraer á su servicio los naturales de Guayaquil y Puerto Viejo, y que estos anduvieron por aquellas comarcas, en las cuales tuvieron guerra y algunas batallas, y en unos casos quedaban vencedores, y en otros no del todo; y así anduvieron hasta Collique, donde toparon con gentes que andaban desnudas y comían carne humana, y tenían las costumbres que hoy tienen y usan los comarcanos al río San Juan; de donde dieron la vuelta, sin querer pasar adelante, á dar aviso á su rey, que con toda su gente había llegado á los *Cañares*; á donde se bologó en extremo, *porque dicen nacer allí*, y que halló hechos grandes aposentos y tambos, y mucho proveiniento, y envió embajadas á que le viniesen á ver de las comarcas, y de muchos lugares le vinieron embajadores con presentes.

Tengo entendido que, por cierto alboroto que intentaron ciertos pueblos de la comarca del Cuzco, lo sintió tanto que, después de haber quitado la cabeza á los principales, mandó expresamente que los indios de aquellos lugares trajesen de las piedras del Cuzco, la cantidad que señaló, para hacer en *Tambelambato* unos aposentos de mucho primor, y que con meromas las trajesen, y se cumplió el mandamiento.

Cieza de León, 2ª parte, cap. LXIV

Tupac Inca Yupanqui, y después su hijo *Manco Capac*, embellecieron estas provincias de los *cañaris*, y la que llama *Tumbabato*, con edificios y casas reales, entapizados los aposentos con yerbas, plantas y animales contrahechos al natural, de oro y plata; las portadas estaban chapadas de oro con engastes

de piedras finas, esmeraldas y turquesas; hicieron un famoso templo al sol, así mismo chapado de oro y plata; porque aquellos indios se esforzaban en hacer grandes ostentaciones en servicio de sus reyes, y por lisonjearles, cumplaban en los templos y palacios reales cuanto tesoro podían hallar....

Pedro de Cieza, cap. LXIV, dice largamente de la riqueza que había en aquellos templos y aposentos reales de la provincia de los *cañaris*, hasta *Tumipampa*, que los españoles llaman *Tomebamba*.... y hablando en particular de los aposentos y templos de *Tumipampa*, dice: algunos indios quisieron decir que la mayor parte de las piedras con que estaban hechos estos aposentos y templo del sol las habían traído de la gran ciudad del Cozco, por mandato del rey *Huayna Capac* y del gran Tupa, su padre, con crecidas maromas que no es pequeña admiración (si así fuese) por la grandeza y muy gran número de piedras.....

Viendo Tapac Inca Yupanqui que la conquista iba muy á la larga, envió por su hijo primogénito, llamado *Huayna Capac*, que era el príncipe heredero, para que se ejercitase en la milicia. Mandó que llevase consigo doce mil hombres de guerra.... Llamaron á este príncipe *Huayna Capac*, que, según la común interpretación de los historiadores españoles, y según el conito de la letra, quieren que diga *Mozo rico*, y parece que es así según el lenguaje común.... y porque este príncipe mostró desde muy mozo las realidades y magnanimidad de su ánimo, le llamaron *Huayna Capac*, que en los nombres reales, quiere decir, desde mozo rico de hazañas magnánimas; que por las meros vasallos, le dieron este nombre *Capac*, que quiere decir rico, no de bienes de fortuna, sino de excelencia y grandezas de ánimo.

Entre otras grandezas que este príncipe tuvo, con las cuales obligó á sus vasallos á que le diesen tan temprano el nombre de *Capac*, fué una, que guardó siempre, así cuando era príncipe como después cuando fué monarca, la cual los indios estimaron sobre todas las que tuvo; y fué que jamás se negó á petición que mujer alguna le hiciese, de cualquier edad,

calidad y condición que fuese, y á cada una respondía según la edad que tenía. A la que era mayor le decía que el Inca, le decía: "Madre, hágase lo que mandas"; á la que era igual en edad, poco más ó menos, le decía: "Hermana, hágase lo que quieres"; y á la que era menor decía: "Hija, complíse lo que pides"; y á todas igualmente les ponía la mano derecha sobre el hombro izquierdo, en señal de favor y testimonio de la merced que les hacía.

Tupac Inca Yupanqui, viendo la buena maña que el príncipe daba á la guerra, se volvió al Cozco para atender al gobierno de su imperio, dejando á *Huayna Capac* absoluto poder para lo de la milicia, el cual mediante sus buenos capitanes, ganó todo el reino en espacio de tres años.....

El príncipe *Huayna Capac*, hecha la conquista del reino de *Quitu* y de las provincias *Quillacenca*, *Pastu*, *Otavallu* y *Caranque*, y dada orden de lo que convenia á toda aquella frontera, se volvió al Cozco, á dar cuenta á su padre de lo que en su servicio había hecho. Fué recibido con grandísimo triunfo.

Cuentan los indios que un día de los nueve que la fiesta (del sol) duraba, con la nueva libertad de la que solían tener de mirar al sol (que les era prohibido, por parecerles desacato), puso los ojos en él ó cerca, donde el sol lo permite, y estuvo así algún espacio de tiempo, mirándole. El sumo sacerdote, que era uno de sus tíos y estaba á su lado, le dijo: ¿Qué haces, Inca? ¿No sabes que no es lícito hacer eso? El rey por entonces bajó los ojos; mas dende á poco volvió á alzarlos con la misma libertad y los puso en el sol. El sumo sacerdote replicó diciendo: Mira, solo Señor, lo que haces, que demás de sernos prohibido el mirar con libertad á nuestro padre el Sol, por ser desacato, das mal ejemplo á toda la corte y á todo el imperio que está aquí cifrado para celebrar la veneración y adoración que á su padre deben hacer, como á solo y supremo Señor. *Huayna Capac*, volviéndose al sacerdote, le dijo: Quiero hacerte dos preguntas, para responder á lo que me has dicho. Yo soy vuestro rey y Señor universal. ¿Habría alguno de vosotros tan atrevido que, por su gusto, me mandase levantar de mi asiento y

hacer un largo camino? Respondió el sacerdote: ¿Quién habría tan desatinado como eso? Replicó el Inca: ¿Y habría algún curaca de mis vasallos, por rico y poderoso que fuese, que no me obedeciese, si yo le mandase ir por la posta de aquí á Chili? Dijo el sacerdote: No, Inca, no habría alguno que no obedeciese hasta la muerte todo lo que mandases. El rey dijo entonces: Pues yo te digo que este nuestro padre el Sol debe tener otro mayor señor y más poderoso que no él, el cual le manda hacer este camino que cada día hace sin parar; porque, si él fuera el supremo señor, una vez que otra dejara de caminar y descansar por su gusto, aunque no tuviera necesidad alguna.....

El Inca *Huayna Capac*, como atrás dejamos apuntado, tuvo en la hija del rey de Quito (secesara que había de ser de aquel reino) á su hijo *Atahualpa*, el cual salió de buen entendimiento y de agudo ingenio, astuto, sagaz y cauteloso, y para la guerra belicoso y animoso, gentil hombre de cuerpo y hermoso de rostro, como lo eran comunmente todos los Incas y Pallas. Por estos dotes del cuerpo y del ánimo, lo amó su padre tiernamente y siempre lo tenía consigo. Quisiera dejarle en herencia todo su imperio; mas, no pudiendo quitar el derecho al primogénito y heredero legítimo, que era *Huascar Inca*,... procuró quitarle siquiera el reino de Quito....

Huayna Capac, ocupado en las cosas dichas (después de haber regresado al reino de Quito), estando en los reales palacios de *Tumipampa*, que fueron de los más soberbios que hubo en el Perú, le llegaron nuevas que gentes extrañas y nunca jamás vistas en aquella tierra, andaban en un navío por la costa del imperio, procurando saber qué tierra era aquella, la cual novedad despertó á *Huayna Capac* á nuevos cuidados, para inquirir y saber qué gente era aquella y dónde podía venir.....

A los ocho años que vivió *Huayna Capac*, después de la muerte de los primeros descubridores, les permitió gobernar su imperio en toda paz y quietud. No quiso hacer nuevas conquistas, por estar á la mira de lo que por la mar sobreviniese; porque la nueva de aquel navío le dió mucho cuidado. Ina-

gizando en un antiguo oráculo que aquellos Incas tenían, que, pasados tantos reyes, habían de ir gentes extrañas y nunca vistas, y quitarles el reino y destruir su república y su idolatría.

Muerto yo (dijo *Huayna Capac* á los suyos, suatiéndose mal), abridéis mi cuerpo, como se acostumbra hacer con los cuerpos reales. Mi corazón y entrañas... mando se entierran en Quito, en señal del amor que le tengo, y el cuerpo llevadéis al Cuzco, para ponerlo con mis padres y abuelos. Recomendados á mi hijo *Atahualpa*, que yo tanto quiero, el cual queda por Inca, en mi lugar, en este reino de Quito y todo lo demás que por su persona y armas ganare y aumentare á su imperio, y á vosotros, capitanes de mi ejército, os mando en particular le sirváis con la fidelidad y amor que á vuestro rey debéis, que por tal os dejo, para que en todo y por todo le obedezcáis y hagáis lo que él os mandare.

El Inca Garcilaso de la Vega.

Viendo el gran Tupac Inca Yupanqui que la conquista (de Quito) tardaría, por las dificultades que se le presentaban, llamó á su heredero del cetro y la corona imperial *Huayna Capac*, para que se ejercitase y aprendiese la difícil ciencia de gobernar en paz y en guerra. Salíó el bizarro príncipe del Cuzco, conduciendo doce mil soldados, á cumplir las órdenes de su padre. Luego que llegó á *Tumbipampa*, su padre le dió todo el mando del ejército, con facultades absolutas sobre la conquista de Quito, y dejando todo ordenado, volvió al Cuzco el emperador, á donde se ocupó en el gobierno de sus dominios y felicidad de sus vasallos.....

Fuera del príncipe heredero de la corona, los hijos del emperador *Huayna Capac* fueron los siguientes (los enumera muy por extenso). Esta descendencia se llamó *Aylo Tumbipampa*. Quiso *Huayna Capac* que su descendencia llevase este nombre, porque perpetuamente se le recordase la fiesta solemne que hizo en aquel campo al sol.

Sahuaraura. Recuerdos de la monarquía peruana.

Si *Inuayna Capac* fué el más famoso entre todos los Incas, por su poder y su gobierno feliz, no lo fué menos por haber dilatado como ninguno la espléndida raza del sol.....

Entre todos los hijos legítimos é ilegítimos, es cierto que ninguno ocupó el lugar de *Atahualpa* en el afecto de su padre. Lo amó mucho más (como aseguran todos los escritores) que á su primogénito *Huascar*; y á sola su predilección atribuyen algunos el testamento que hizo á su favor. Fué desde sus primeros años su mayor encanto; porque, descubriendo en él un gran fondo de talento, acompañado de extraordinaria viveza, no menos que de un decoro señorial, no podía separarlo un solo momento de su presencia....

¡Habían pasado ya cerca de 38 años, sin que *Inuayna Capac* hubiese podido hacer ni una sola visita á su antigua capital del Cuzco. Lo intentó varias veces, y siempre lo detuvieron muchos obstáculos insuperables. Las grandes fábricas y edificios públicos que hizo en el reino, tal vez personalmente; lo siempre florido y ameno del país; el dulce y benigno clima, favorable á su salud; el no poderle seguir la Reina *Scoyi Pachá*, amada sobre todas, con el pretexto de su débil complexión, y por la realidad de evitar competencias con las otras mujeres, eran otros tantos lazos que concurrían á impedir ó dilatar siempre la resolución tomada. Rompió, finalmente, todas las ataduras y dió orden para prevenir su marcha á principios de 1535.

Hallándose concluidos años antes las dos vías reales, dispuso que le acompañase, con magnífico aparato, toda su corte. Dejó en el gobierno del reino al Inca *Atahualpa*. Saló precedido y seguido de sus tropas floridas y de todo el resto de la numerosa familia real, cargado á hombros de los grandes y señores de su corte, sobre un trono de oro, esmaltado con plumas y piedras preciosas. Con marcha lenta y sin más objeto que irse deleitando en sus mismas ideas, llegó al magnífico palacio de *Hutan-Cañar*, donde se detuvo poco tiempo.

Pasó al otro de la misma provincia en TOME-
RAMBA, cuyos delicias pensó gozar más largamente.

pero se vió engañado. A pocos días de haber llegado allí recibió un correo, mandado de la costa de Esmeraldas, con el aviso de haber aparecido en aquella parte cierta gente extranjera, navegando en dos grandísimos *huampus*, esto es, naves, que gobernaban como querían, sin remo ninguno.

No hizo el Inca á los principios el menor aprecio de esta noticia, juzgando que aquellos pocos extranjeros habrían sido arrojados contra la costa por algún temporal ó por las impetuosas corrientes que se observan en algunos tiempos del año. Pasados muy pocos días, llegó un segundo correo, con noticias mucho más individuales, diciendo que internándose los extranjeros, con sus *huampus*, por la bahía de *Atacames*, habían desembarcado sobre la ribera del río Esmeraldas; que todos ellos no llegaban al número de docientos, si bien se veían unos pocos dentro de los *huampus*; que eran de color blanco casi todos, y sin excepción tan llenos de barba que parecían *pacos lanudos*; que mostraba ser toda gente buena y cortés, y que, no habiendo podido penetrar palabra ninguna de su lenguaje, sólo habían entendido por señas que buscaban oro.

Este segundo aviso hirió de modo la imaginación de *Huayna Capac* que parece desconcertó su naturaleza toda. Mostróse desde entonces sumamente melancólico y taciturno; porque, haciendo mil reflexiones, se persuadió vivamente á que era llegado el tiempo de perder su monarquía. La predicción de *Viracocha* Inca, sobre este punto, conservada desde la antigüedad, por tradición y por una estatua de piedra que mandó hacer el Inca *Yaguar-huacac*, con todas las señales de la visión de *Viracocha*, se cumplió en los extranjeros de color blanco y barba poblada. Veía en ellos multiplicada la estatua y le era forzoso reconocer otras tantas deidades ó entes de superior naturaleza, cuyo yugo, según la predicción, debía cargar el imperio.

O que estas reflexiones le ocasionasen un grave mal, ó que, contraído por otra causa, se aumentase con ellas, él se reconoció gravemente enfermo, poseído de calentura lenta, y mucho más de profunda melancolía, con repugnancia á todo alimento; dió

orden para que lo regresasen prontamente á la ciudad de Quito. Antes de comenzar su marcha, recibió tercer aviso de Atacames, sobre haberse embarcado los extranjeros en sus dos huampus y haberse separado, tirando el uno mar adentro y tomando puerto el otro, con poquísimos hombres, en la pequeña isla del *Gallo*.

(*Habla, por fin, de su muerte en Quito*)

Padre Velasco, II, 63.

Huayna Capac, (mozo poderoso), hijo y heredero de Túpac Yupanqui, mereció entre los de su tiempo ser llamado *el Grande y el Conquistador*. Y cierto que mereció justamente lo uno y lo otro, porque, sobre haber dado muy buenas leyes á su imperio y gobernádole con la mayor prudencia, extendió sus límites por todos lados á mucho más allá de cuanto habían poseído los príncipes sus antecesores. Al advenimiento de *Huayna Capac* al trono, se le habían rebelado varios de sus hermanos, pretendiendo algunas de las provincias recientemente conquistadas recobrar su independencía, y recobrádola en efecto las de Puruhá y Tiquizambi; y el Inca, no obstante, supo deshacerse fácilmente y con prontitud de los aspirantes á la corona, tranquilizar la agitación de las provincias sublevadas y preparar cuantos elementos eran necesarios para una guerra magna contra el reino de Quito, único rival de su poderoso imperio. Ofendíale, sobre todo, la memoria de que, reducidas ya las provincias de Tiquizambi y Puruhá á la obediencia de su padre, hubiese *Cacha* osado reconquistarlas, y formó el propósito de acabar con la dinastía de los Duchicelas. *Huayna Capac*, en el decir de los antiguos, *nació en Tomebamba*, cuando la permanencia de Túpac Yupanqui en esta ciudad....

Era el intento del príncipe someter á su paso á los *pucumores*, habitantes de las selvas de Jaén; más, habiendo ido á dar con gente aguerrida y destrísimos en el manejo de las armas, tanto que se asombraron aun los más afamados orejones, desistió de ello y cambiando de rumbo, tomó el camino para *Tomebamba* (inmediaciones de Cuenca). No se sabe

cosa ninguna memorable de lo ocurrido en su largo viaje hasta esta ciudad, donde se detuvo, no sólo por lograr de su belleza y suavidad del clima, mas también movido de ese tierno afecto que todo hombre tiene por su propio techo, pues, como dijimos, *había nacido en Tomebamba*.

P. F. Cevallos, I, 41 y 45.

Huayna Capac (el Conquistador), undécimo rey del Perú. Nació en la mitad del siglo XV. Fué el padre de *Atahualpa* y de *Huáscar*. Emprendió la conquista de casi todos los países limítrofes de su reino, verificando una serie de campañas que han hecho de su reinado el *más brillante* de la historia del Perú. Hizo construir grandes caminos; dió impulso á las artes y dictó leyes sabias. Murió en 1525, dejando por herederos á los dos príncipes mencionados.

J. D. Cortés, "Diccionario biográfico americano"

En la provincia del *Azuay* (hoy llamada así) fué muy bien recibido y detuvose allí largo tiempo, así por construir varios edificios grandiosos, como para gozar del buen temple de ella. *Huayna Capac* holgaba mucho de estar en esa provincia; pues, *como había nacido en TOMEBA M B A*, sentía particular afecto á los *Cañaris*, y así ennoblecíó esas tierras, edificandó en *Halun Cañar* aquel gran monumento que ha sido y es todavía admiración de los viajeros. Y aun se asegura con mucho fundamento que, para aquel regio edificio, hizo traer piedras talladas desde el Cuzco, dando á entender con esto cuánto distinguía al lugar de su nacimiento.

NOTA *Huayna Capac* nació en *Tomebamba*; es, por lo mismo *nativo de la provincia del Azuay*, en nuestra República.... Debemos hacer notar aquí una circunstancia digna de atención. Una es la *Tomebamba* de los *Cañaris* y otra la *Tomebamba* de los Incas, es decir, los edificios que en ella ó en ciertos puntos del Azuay levantaron Tupac Yupanquí y Huayna Capac..... Parece, pues, que puede sostenerse que *Huayna Capac* nació en el Azuay; mas ¿en qué pue-

to? Ese punto no puede ser sino en el Yunguilla, á orillas del Jubones, ó *donde ahora está la ciudad de Cuenca*; pues allí hubo en lo antiguo *un palacio de los Incas*, edificado talvez por Tupac Yupanqui.—"Y en este tiempo nació Guayna Capac Inga en *Tomebamba*, pueblo de los Canares."—Estas son palabras textuales de la *Relación* del Curaca Paclacuti (Don Juan Santacruz), publicada el año de 1879, en Madrid.—(Tres relaciones de Antigüedades peruanas).

Huayna Capac había puesto término á las conquistas; las guerras habían cesado algunos años; todas las provincias estaban tranquilas, y el monarca era no solamente obedecido, sino acatado y hasta venerado como una especie de divinidad por todos sus súbditos. De las dos ciudades más célebres de su inmenso imperio, *Huayna Capac* había preferido á Quito y hecho en ella su residencia ordinaria, por casi treinta años continuos, hermoseándola con edificios suntuosos según el gusto y usanza de los Incas. Quito había, pues, venido á ser, en los últimos años de la vida de *Huayna Capac*, la verdadera corte del imperio, sin que la remota Cuzco perdiera nada de su opulencia ni de su carácter sagrado, como predilecta del sol y cuna de la dinastía celestial de los Incas.

Mas, cuando *Huayna Capac* estaba descansando en su regio palacio de *Tomebamba*, llamado ahora *Ingapirca*, en las cercanías del pueblo de *Cañar*, le llegaron noticias de la costa, avisándole que habían aparecido otra vez aquellos hombres misteriosos, blancos, barbados, que andaban por el mar en grandes barcas, recorriendo á lo largo las costas del imperio y tomando tierra en algunos puntos. Esos extranjeros desconocidos eran Pizarro y sus compañeros, que en su viaje de descubrimiento y de exploración de las costas del Perú habían desembarcado primero en la bahía de San Mateo y después en Tumbes. *Huayna Capac* oyó con atención la noticia y averiguó con curiosidad cuantas circunstancias le parecieron necesarias para descubrir el significado de un acaecimiento tan inesperado, tan sorprendente y al parecer tan misterioso.

La que *Huayna Capac* recibió en Tomebamba era

ya la tercera noticia que circulaba entre los indios acerca de la aparición de extranjeros desconocidos en las costas del Perú: la primera fué cuando los viajes de exploración que practicó el adelantado Vasco Núñez de Balboa; repitióse segunda noticia con ocasión de la llegada del piloto Ruiz á las playas ecuatorianas, en la provincia de Esmeraldas, cuando tocó allí la primera vez; la tercera noticia fué ésta, que el Inca recibió en su palacio de Tomebamba.....

Reflexionando *Huayna Capac* sobre todas las circunstancias de un suceso tan inesperado, apoderóse de su corazón la melancolía; decayó de ánimo; púsose taciturno y meditabundo, y al fin, se sintió gravemente enfermo. Tan honda era la impresión que en el espíritu del Inca había causado la llegada repentina de aquellas gentes advenedizas, que un día, mientras estaba solo en el baño, su exaltada imaginación se excitó tan vivamente, que le pareció tener delante un fantasma, en cuyos rasgos extraordinarios se le representaban los hombres blancos y barbados que tan preocupado le traían.... El Inca dió gritos; acudieron las gentes de la regia servidumbre; divulgóse el hecho, y la consternación cundió por todas partes.

Ya *Huayna Capac* no quiso continuar su viaje al Cuzco, y de la célebre provincia de *Tomebamba* dispuso que lo regresaran á Quito. Así se hizo, y en esta ciudad falleció, poco después, consumido de melancolía.....

El cadáver de *Huayna Capac* fué embalsamado, para trasladarlo al Cuzco; su corazón, por disposición terminante, se colocó en un vaso de oro y se guardó aquí en Quito, en el templo del sol. La ciudad de su residencia predilecta quiso que fuese la depositaria de su corazón.....

La traslación del regio cadáver al Cuzco fué una fiesta mortuoria no interrumpida: de todas partes acudían los indios en tropel al camino real, para incorporarse al cortejo fúnebre y seguir por varias jornadas, dando alaridos lastimeros y repitiendo en tristes endechas las hazañas del difunto.....

Huayna Capac alcanzó á reinar casi por más de medio siglo; fué el *más poderoso* de los Incas y el *más afortunado*; llevó sus armas victoriosas hasta los

últimos términos de su imperio paterno y en guerras tenaces y obstinadas venció á las tribus que intentaban sacudir el yugo de los monarcas del Cuzco; acometió á otras naciones limítrofes, guerreó también con ellas, salió vencedor en muchos combates y logró ensanchar los límites de sus estados enormemente; pues la conquista del reino de los Scyris y de todas las otras tribus esparcidas en tierra ecuatorial, al otro lado de la línea equinoccial, equivalía por sí sola á la adquisición de una extensa monarquía....

De ingenio agudo y perspicaz, de ánimo esforzado y constante; generoso, magnánimo, inclinado á la clemencia, pero fácil para encenderse en ira, ejercía algunas veces venganzas sangrientas; gustaba de observar los fenómenos naturales y el espectáculo de los cielos, principalmente en las noches estrelladas y serenas, lo cual le grangeó entre sus súbditos la fama de astrólogo ó adivinador de lo futuro. Grave en el andar, medido y corto en palabras, cuidándose de manifestar en todo señorío y majestad, era amado de sus vasallos y servido con reverencia y temor. Había reflexionado sobre la regularidad de los movimientos del sol y deducido de ahí la existencia de un ser superior, á cuya voluntad debía necesariamente estar sometido aquel hermoso astro; es como un llama atado á un poste, decía; pues no puede moverse sino en un círculo determinado y siempre de la misma manera.

En su conducta con las mujeres guardaba una cierta galantería, digna de un soberano civilizado: cuando una mujer se le presentaba para pedirle un favor, la acogía benignamente y poniéndole su mano derecha sobre el hombro, le decía: Hija, se hará lo que pides, si era joven; señora, se hará lo que deseas, si era casada; madre, se hará lo que mandas, si era anciana.

De estatura más bien pequeña que alta, enjuto de carnes, pero robusto; en sus músculos bien desarrollados y en lo voluminoso de sus huesos manifestaba el vigor de su complexión natural. Merced á la poligamia establecida entre los Incas y hasta recomendada por sus supersticiones religiosas, *Huayna Capac* se desposó con muchas mujeres y de ellas tu-

vo una descendencia numerosa, apellidada la familia ó
ayllo de Tomebamba.

González Suárez, tomo 1.

HUMILDAD

A Albrio Díaz Guerra, á propósito de su poema

Ecce Homo.

Vuelve á sentir como el dichoso niño
que el frío de la aurora desafia,
engolfado en los prados donde tiemblan
las gotas de rocío pensativas.

El sol de Dios al justo, al delincuente,
al torpe, al sabio, á todos ilumina:
siéntate al sol y entenderás que es sabio
quien ante Cristo cae y se arrodilla.

¿El habló de los niños? Nada saben.
¿El habló de los lirios? Les envidia
ese gran rey que, aun hoy, desde su gloria,
hacia los lirios de la tierra mira.

“Si no aceptáis mi reino como niños,
al reino no entraréis”, nos dijo un día
el Jesús á quien buscas, que á tu lado
á tus dudas responde con caricias.

Crée en él. Hoy, velado en flor de hostia,
hombre Dios surgirá con su justicia.
Vive El cual juez y como padre espera:
mi fe pongo á sus pies, tú pon la lira.

Ay! no temples sus enredas moribundas
en himno de una duda que horripila.
Nuestro Señor aguarda *¡Dios vive!*....
Templa tu lira á férvida alegría.

Y entonces, más sabrás de lo que sabes,
que de la duda la inferenda espina,
si en tierra humilde abinen, siembra luego
simientes de nostalgias infinitas....

HONORATO VÁZQUEZ

OJEADA SOBRE LA QUÍMICA DESDE SU ORIGEN

HASTA EL LEVANTAMIENTO DE LA TEORÍA ATÓMICA.

Pretender resucitar el sistema dualista de Lavoissier, confirmado, con apariencia de verdad evidente, por las teorías electroquímicas de Davy, Ampere y Berzelius; sería tan temerario, como proponerse sustentar la hipótesis de la *emisión* del calor ó sea su materialidad, en gracia de haber sido adoptado por los sabios más ilustres como Newton, Lavoissier, La-Place y Gay-Lussac.

No faltará quien, por este epígrafe, nos suponga detractores sistemáticos de tales maravillosas conquistas del genio, ó que, encandilados por el esplendor de las remozadas teorías *electrónicas*, las adoptamos hasta creer en la *materia eterna*, en la *materia que se identifica con el accidente*, cual si la ciencia, para establecer dichas hipótesis, tuviera de apoyarse en semejantes absurdos; [1] ó bien, reputamos sectarios del atomismo químico, tan á trochemoche que, desconociendo sus vacíos, lo aceptamos como punto dogmático.

Mas, no lo primero, por ser nuestro porte opuesto á la conjetura.

Tampoco lo segundo, por cuanto la teoría electrónica sobre la constitución de la materia, la misma que hoy pretende dar en tierra con la indivisibilidad del átomo, base de la Química moderna; desde cuando Faraday la inventó ó supo de ella, y juzgó igualmente probable la verdad que la falsedad de la

(1) Estos errores debidos al materialismo y al racionalismo, se hallan victoriosamente refutados por la sana filosofía y las ciencias físicas; mas, para quienes convenga, advertimos que la *materia eterna*, en el sentido de materia sin causa que la produjera, es asunto definido y condenado por los Concilios Lateranense IV y Vaticano.

misma, hasta nuestros días en que ha sido defendida, pero no fundada por Despauux, Lorenz y otros hombres de ciencia; como no cuenta todavía con pruebas satisfactorias,ológico sería atropellar el ya expuesto juicio del insigne sabio, cuyo justo renombre fué envilecido por su célebre maestro, el antes citado Davy. Además, conviniendo con los notables químicos Berthelot y A. Gautier en la disociación posible del átomo, y concediendo cuanto cabe concederse acerca de su variabilidad, sostenida por Crookes, Ramsay, Landolt, Heydweiller y otros científicos eminentes; como los datos en que se fundan parecen dudosos, y la única razón de peso que es la *radioactividad*, está apenas en mantillas; no es dable mostrarnos profetas, anunciando la ruina y destrucción de la Física y la Química, ya que sus leyes y postulados han recibido más bien, por los mismos nuevos inventos, un seguro de vida positivo, siquiera para una decena de siglos; pues, si un gramo de *radio*—sustancia que más á prisa se disocia—pierde un miligramo en 1,000,000,000 de años [Becquerel], aun falta algunas centurias para el comienzo del reinado de la de la hipótesis *electrónica*. Interin, ó hasta más presto, si la ciencia llega á resolver este punto, modestamente nos adherimos á la opinión de quienes con Soddy, dicen: “La radioactividad reclama hoy ser colocada como una ciencia independiente. Ella se manifiesta como no afectada por la naturaleza física ni química de la materia, y por tanto, no pertenece al dominio del físico ni del químico. Por esto, se considera la teoría correspondiente como una adición, más bien que como una oposición á las doctrinas científicas admitidas. Nada más inexacto que el que esto derribe las doctrinas químicas; al contrario, ella las confirma y hace adelantar.”

Respecto al tercer punto, conjeturable en contra nuestra, confesamos ser partidarios del atomismo químico, tal cual lo cree y entiende el muy ilustrado jesuita Vitoria, al expresarse en estos términos: “Yo, por mi parte, que no veo en la hipótesis atomista, sino un simbolismo ingenioso para indicarnos las propiedades de los cuerpos representados en los diversos grupos funcionales, y como una imagen sensible, que nos haga ver la marcha probable de las reacciones; que opino con M. Friedel que, nos es útil para agrupar un número incalculable de hechos y descubrir diríamente otros nuevos; pero que no soy, ni de lejos, su patrocinador, antes al contrario, la encuentro muy flaca y aun falsa en su base y la juzgo muy bien calificada por “*novela ingeniosa y útil*”, ó como “*una de tantas hipótesis que se defienden y no se creen*”, no siento afecto ninguno especial para que se la conserve, pero tampoco me inclino á la que pretende reemplazarla (la *electrónica*), cuya base es la misma, y por

tanto, tan deleznable; y sin negarle su importancia y más aun la gallardía y aspecto fantástico con que se nos presenta, creo que debemos dar tiempo al tiempo hasta ver lo que la nueva hipótesis nos trae, la solidez de los argumentos que empiea y la duración que se le concede, antes de abandonar la opinión actual, confirmada, en cierto modo, con multitud de hechos que se realizan *como si* los cuerpos se compusieran de átomos de peso y masa determinados, que se nos manifiestan constantes en las reacciones, según leyes fijas y categóricas, que han recibido nuevos y repetidos certificados de exactitud en los rigurosos análisis á que las han sometido los químicos más eminentes"; y con esto, punto al introito y manos á la obra.

La Química, cuya acción extiende sus influencias benéficas á los diversos círculos de la vida, data de varias artes e industrias de los pueblos antiguos. Aparece ruda (siglos III y IV) en el *Arte sagrado*, llamado también *hermético* ó de Trismegisto, en tiempo de los filósofos neoplatónicos ó, acaso, antes de esta época. Después que los árabes (siglos VIII y siguientes), denominaron Alquimia al *Arte de Hermes*, con esa nueva voz y la de Química se dió á entender, durante muchos años (2), no sólo el arte de transmutar en oro y plata los demás metales, sino también los conocimientos químicos encontrados con motivo de tal empresa; pero, desde cuando se reservó, el término Alquimia, para expresar el arte misterioso de aquellos *adeptes* ó *filósofos*, alañados en dar con la *pedra filosofal*, y con la *panacea* para prolongar la vida (3); la Química, separando lo real de lo fantástico confundidos por su predecesora, y aprovechando los sanos descubrimientos hechos por la misma al perseguir sus ideales, comenzó á dirigir sus tendencias á fi-

(2) Según Oëffer, en el Léxico griego de Suidas, documento perteneciente al siglo XI, la voz *χημειν*, vale por.—Arte de hacer oro y plata; siendo de notarse que en tal obra, aparece por primera vez, en lo escrito, el término indicado.

(3) Considerando las utópicas ideas de la Alquimia, y viendo que la Química, sino puede transmutar en oro y plata los demás cuerpos, ni hacernos inmortales; día á día trueca con oro las sustancias más viles, y proporciona á la Higiene y á la Terapéutica, medios más eficaces para conservar la salud y combatir las enfermedades; hace algunos años dijimos que: "La Química procede de la Alquimia como un hijo cuerdo de un padre loco", sin aceptar, por supuesto, aquella definición que de la Alquimia da Talbot: *Ars sine arte, cuius principium est mentiri, medium laborare, et finis mendicare*.

nes más prácticos, como la aplicación de la Metalurgia á la Cerámica; y así, caminando poco á poco en verdad, pero propendiendo siempre á su destino, vió surgir en el siglo XVI, á Paracelso, el fundador de la Quimiatria, á Jorge Agricola, justamente reputado creador de la Química metalúrgica; á Bernardo de Palissy, quien comenzó á delinear el camino de la Química experimental y de la técnica; así como al grupo formado por Agricola, al cual pertenecieron Leonardo de Vinci, el pintor siempre grande en las Artes como en las Letras y en las Ciencias, Jerónimo Cardan, cuya penetrante mirada sospechó la existencia del oxígeno y Juan Bautista Porta, que trocó en potables las amargas aguas del océano.

Propició el siglo XVII para el desarrollo de las ciencias experimentales, mediante el impulso comunicado por Galileo, Francisco Bacon y Descartes, produjo químicos, tan sobresalientes, como Van-Helmont, Roberto Boyle y Glauber, á quien se deben las primeras ideas sobre los equivalentes químicos; y también á Kunckel, quien descubrió el secreto de extraer, de la orina, el fósforo dado á conocer por Brandt (1669), y á Becher, cuyo *principio igneo y combustible*, llamó la atención de Sthal y le movió á fundar la teoría del *imaginario flogisto*.

Bien puede decirse que, á la segunda mitad de esta centuria corresponden, no sólo la creación de la Química farmacéutica—fecundo manantial que acreció el número de los medicamentos farmacopológicos, y enseñó á reconocer los tejidos y humores del organismo—sino también los notables adelantos de la Química neumática, y, en general, las aplicaciones de la Química á diversas clases de industrias entonces conocidas. Entre los personajes que en esta época figuran, merecen citarse los nombres de Juan Rey, Mayow, Bernoulli y Homberg, los de Juan Barba, Halles y Moinetrel de Element, los de los hermanos Geoffroy y el de Rouelle, quien fué el primero que distinguió las sales ácidas de las neutras.

Durante este transcurso, si la culta Alemania allegó escaso contingente á los avances y descubrimientos de la Química; con todo, á Margraff, se debe el hallazgo del ácido fosfórico y el del azúcar de remolacha—productos cuya importancia ninguno desconoce—; y al famoso médico Sthal, cuyo la gloria de establecer la ya mentada teoría del flogisto, que dominó casi todo el siglo XVIII, y según la cual, el fuego se presenta en estado de combinación ó libre, y todos los cuerpos incluyen un principio combustible (fuego) llamado por Sthal *flogisto*. La combustión, como él decía, es el paso del fuego combinado á estado libre, y por eso arden los aceites y otras materias combustibles, porque con-

tienen mucho fuego ó flogisto. Los metales añadía, están compuestos de cal y flogisto, cuando se les calienta pierden flogisto y queda la cal (óxido); y si se quiere regenerar el metal, se calienta la cal (óxido) con carbón, para que devuelva el flogisto: tal fué la única hipótesis capaz de explicar, por entonces, los fenómenos químicos con alguna mayor racionalidad, la única que, después, tuvo fuerzas para luchar contra las concluyentes deducciones de Lavoissier, filósofo digno émulo de Condillac.

No aconteció otro tanto con Suecia, le bastaría nombrar á Bergmann, Priestley y Schéele, químicos precursores de Lavoissier, el gran transformador de la Química, para dar á conocer la parte que á ella le corresponde en dicho progreso; aun sin contar con los numerosos descubrimientos que salieron de los laboratorios de Upsala y Stóckholmo, ni con los particulares de Brandt, Cronstedt y Bronwadt.

Había llegado el siglo XVIII á su último tercio, y con todo el vigoroso desenvolvimiento de la Química práctica, los conocimientos físicos y químicos acerca de la constitución de la materia, se hallaban en tanta confusión é incertidumbre que, no se podía comprender como fuera dable á un mismo cuerpo pasar de su estado físico, á otro, sin cambiar de naturaleza. Los gases ó *fluidos elásticos*, eran tenidos como simples porciones de aire común, transformado ó modificado por el flogisto; y respecto al número y naturaleza de los cuerpos elementales que debían admitirse, mientras unos seguían la enseñanza de los peripatéticos, oponiéndose á la de los alquimistas, otros afirmaban que los metales eran compuestos, y explicaban la combustión conforme á la teoría stahlianiana, entonces casi sin impugnadores y aceptada por la mayor parte de los sabios: tantas miserias ocultaban siempre las grandezas de los hombres.

En medio de este abismo de confusión aparece Lavoissier, á su voz se ilumina el caos, y para animarlo, el esclarecido transformador reúne, con admirable tino, los materiales acumulados por tantas generaciones, inquiere la naturaleza de los elementos fundamentales dispersos en tal laberinto, da á cada hecho su legítima interpretación, disipa la obscuridad y embrollo que, hasta en los nombres de los cuerpos químicos existía, y estableciendo hipótesis comprobadas, tanto por los experimentos de sus antecesores y contemporáneos, como por los suyos propios; funda un nuevo método de investigación, basado en la observación libre de prejuicios y en el uso de la balanza (4); y en remate, aca-

(4) Sin ningún fundamento se ha atribuido á Lavoissier el descubrimiento de la balanza: los alquimistas greco

hando para siempre con el empirismo de los adivinos teóricos—plaga en todo tiempo fatal para el desarrollo de las ciencias experimentales—al abrir una nueva era para la Química infunde en ella, con sople vital, el carácter de verdadera ciencia.

Como, Lavoissier, al fijar su atención sobre la composición del aire, el aumento de peso de los metales al calcinarlos y la insuficiencia del flogisto, advirtiera que estos tres puntos se hallan tan ligados entre sí, que la resolución de cualquiera de ellos implica la de los restantes; aprovechando el descubrimiento del oxígeno por Priestley (1774), hecho también por Schéele, casi al mismo tiempo; del estudio de las propiedades comburentes de ese gas, y del papel que desempeña en la respiración (5), dedujo, que la combustión no es, como se había pretendido, una descomposición con pérdida de flogisto, sino una combinación de uno de los elementos del aire (oxígeno) con la materia combustible: primer argumento que hirió de muerte, junto con otras ideas dominantes, la teórica de Stahl.

Además, como no por haber advenido Juan Rey (1630) y Bayen (1774), que los metales aumentan de peso por la calcinación, á causa de fijarse en ellos *aire*, ni por los notables estudios de Mayow (1674), fué conocida la composición del aire terráqueo, hasta 1775 en que, Lavoissier, la demostró con un experimento más concluyente que el empleado por Schéele; una vez hecho este hallazgo, y apoyándose, como en el caso anterior, en las relaciones ponderales de los cuerpos, concluyó que, el aumento del peso de los

egipcios procedían ya por pesadas; y, Zósimo, en el siglo III de nuestra era, decía que: "por el método, por la medida y la pesada exacta, de los cuatro elementos, es como se produce el entrelazamiento y disociación de todas las cosas." Tampoco es el autor del axioma "Nada se pierde y nada se crea en la naturaleza", porque, entonces, esta doctrina estaba muy difundida en ciencia y filosofía, y ya Lucrecio, había afirmado que: *Nil posse creari de nihilo*.

(5) La respiración es una combustión lenta del carbono y del hidrógeno; los animales que respiran son verdaderos cuerpos combustibles que arden y se queman, decía Lavoissier, y lo mismo sostenían Dulong y Desprez, entre otros de los muchos partidarios de tal aserto; empero, mediante los datos suministrados por la Termoquímica, se sabe hoy que, los orígenes del calor animal no solo proceden de las oxidaciones, sino también de las *hidrataciones* y las *deshidrataciones*, de los *desdoblamientos* y *polimerizaciones*, de las *síntesis* y las *fermentaciones*.

metales al calcinarlos, no es debido á la descomposición del metal con pérdida de flogisto--porque entonces disminuiría el peso--sino á una combinación con el oxígeno, cuya materia aumenta el peso del metal con que se une; ó, como él decía: Si el todo es siempre mayor que cualquiera de sus partes, los productos de la combustión, que representan un todo, no pueden ser componentes de los combustibles, menos pesados, á pesar de contener flogisto; si los cuerpos aumentan de peso al quemarse, es por la adición de una nueva materia, mientras que, al contrario, cuando las *cates* metálicas ú óxidos, son nuevamente reducidos al estado de metal, no es por la restitución del flogisto sino por pérdida de oxígeno que contienen.

Así hundida la hipótesis stahlianiana, y dada á conocer, por los mismos medios, la constitución elemental de los metales, fijó la noción de los cuerpos simples, al afirmar que lo son, todas las sustancias constituidas por una sola clase de materia, no descompuesta, por la acción de ninguna de las fuerzas conocidas; manifestó, después de 1778, la importancia capital del oxígeno en la formación de los ácidos, óxidos y sales; los definió sencillamente; extendió los principios, con ellos relacionados, á cuantas otras combinaciones químicas fueron conocidas en aquellos tiempos; y recordando, sin duda, que Black y Bergmann en el siglo antepasado, llamaron la atención de los químicos contemporáneos suyos, respecto á la necesidad de sustituir nuevos nombres á los cuerpos de la Química, y tomando en cuenta la memoria publicada en 1782, sobre aquel punto, por el traductor de las obras de Bergmann, Guiton-de Morveau, asociado á este químico, y en compañía de Berthollet y Fourcroy, presentó, ante la Academia de Ciencias de París, el proyecto de Nomenclatura química que, basado sobre su teoría dualista, subsiste hasta hoy con las modificaciones hechas por Berzelius, el sabio autor de la *Notación química*.

Conducida á este punto tan ardua empresa, Lavoissier tuvo la gloria de levantar, uno de los monumentos más admirables de la ciencia, el *Dualismo*, teoría que, al cabo de tantos siglos, logró dar asiento á la Química entre las demás ciencias.

Según tal hipótesis, llamada también sistema binario ó dualista, toda combinación proviene de la unión de un elemento con un cuerpo simple, ó de un compuesto con otro de igual número de elementos; pero no de un elemento con un cuerpo compuesto, ni de un compuesto con otro de mayor ó menor número de componentes. En esta virtud, los cuerpos se dividen en simples y compuestos, y éstos en binarios, ternarios y cuaternarios. Los binarios resultan de la combinación de dos elementos entre sí, y comprenden los

ácidos y bases anhidros, los hidrácidos secos, los halógenos metálicos y no metálicos, y los compuestos neutros formados por dos elementos. Los segundos dependen de dos binarios que, tienen común el elemento más electronegativo, y constituyen las sales de ácido y base anhidros, y los ácidos y óxidos hidratados. Por fin, los últimos, forman las sales dobles, es decir, los compuestos de dos sustancias ternarias.

Aun cuando Lavoissier adivinó la constitución de las *tierras*, no consiguió aislar los radicales en ellas contenidos. En 1800, Carlisle y Nicholson, fueron los primeros que atisvaron el primer efecto químico de la electricidad, al notar la descomposición del agua por el voltímetro. Davy, valiéndose de la misma energía, descompuso algunas sales (1807) y, más tarde, Gay-Lussac, Thenard, Erstedt, Wöhler y otros, agregando á éstos, nuevos y distintos descubrimientos, infirieron que, la constitución de los cuerpos compuestos, no era otra que la establecida por el insigne transformador de la Química, arrebatado, con duelo de la Ciencia (1794), por la asoladora guillotina de la revolución francesa.

De aquí á fundar una teoría electro-química que confirmara el dualismo, explicándolo razonada y filosóficamente, no distaba un paso. Davy, contemplando los sorprendentes efectos de las corrientes eléctricas en las descomposiciones químicas, fué quien estableció la primera. Conforme á ella, toda combinación se debe, únicamente, al efecto y consecuencia de la neutralización de las electricidades, de que se cargan los cuerpos al ponerse en contacto, en el instante que precede á la reacción; y por tanto, que: "La afinidad química, no es sino la energía de poderes eléctricos opuestos."

En vista de la insuficiencia de esta hipótesis, Ampère la modificó ingeniosamente, suponiendo que los átomos se hallan dotados de una electricidad propia interior, la cual condensa en torno una atmósfera eléctrica contraria; de modo que, las dos clases de electricidad, existen equilibradas sin neutralizarse; pero que, cuando un cuerpo llega á combinarse con otro, no sólo se neutralizan las electricidades exteriores, produciendo luz, calor y *electricidad*, sino también las interiores y propias de los elementos, dando lugar á la unión íntima de los átomos puestos en contacto.

Pero como, según esta teórica, tampoco se explica por qué, en varias combinaciones, un cuerpo electo positivo por naturaleza se torna en electronegativo y viceversa; Berzelius, observando que, el topacio y la turmalina, al calentarse, parecen revelar en sí, la existencia de un polo electropositivo y otro electronegativo, creyó vencer tan seria dificultad, admitiendo en los elementos la *polaridad específica*; es decir, que todo átomo se halla dotado de un polo posi-

tivo y otro negativo, con distinta intensidad eléctrica; y por tanto, que si los cuerpos electropositivos son también electronegativos por su *polaridad específica*; bien se deja ver, por qué, en determinadas ocasiones, un cuerpo electropositivo, puede hacer las veces de electronegativo, y adquirir, sin inconveniente alguno, un metal, el carácter de metaloide y al contrario.

Expuesta esta teoría en presencia de las composiciones y descomposiciones obtenidas por las corrientes eléctricas, y después del gran desarrollo que supo darle su famoso autor; debido á los propios méritos de ella—como la más importante de las hipótesis electro químicas—y mediante la poderosa influencia del gran químico sucoo, llegó á ser generalmente aceptada en la ciencia.

Sin embargo, las primeras ideas en contra del sistema dualista, surgieron á raíz misma de su fundación. Lavoissier, había dicho: “No existen ácidos donde no hay oxígeno”; mas Davy, llegó á demostrar que el ácido clorhídrico no contenía oxígeno, y no satisfecho con esto, estableció la hipótesis, que apoyada por Dulong en 1816, considera todos los oxácidos como hidrácidos, en todo semejantes al ácido clorhídrico anhidro, lo cual se halla hoy admitido en las teorías modernas.

Como queda dicho, según la Química dualista, todo compuesto proviene indispensablemente de la combinación de dos átomos entre sí, ó de un grupo de átomos con otro, de igual número de elementos; pero como, por aquellos mismos tiempos, ya se habían descubierto numerosos compuestos binarios, ternarios, &c, que actúan como cuerpos simples; esto es, que á pesar de ser compuestos, se combinan con un simple, ó con otros, compuestos de mayor ó menor número de átomos, preciso es confesar que, de hecho cayó por su base, la teoría del ínclito Lavoissier, inventada para la Química inorgánica, pero no basada en el exacto conocimiento de la composición y de las propiedades de los cuerpos orgánicos.

Para Ampere y todos los partidarios de la hipótesis electro química, era punto no revocado á duda que, así como, los compuestos binarios, se descomponen por las corrientes eléctricas en sus dos elementos, de igual modo, las sales ó compuestos ternarios, se desdoblán en ácido que va al polo positivo de la pila, y en base que se deposita en el electrodo negativo; empero, como Daniell, al verificar esta última clase de descomposiciones, advirtiera un desprendimiento de hidrógeno en el polo negativo, y otro de oxígeno en el positivo, dedujo la siguiente ley, jamás desmentida hasta el presente: “El metal de las sales ó compuestos ternarios dualistas, se deposita en el polo negativo, y el

ácido y el oxígeno en el polo positivo."

Si pues, todo el mundo sabe que, al descomponerse por sal por electrolisis, el apareamiento de su base en el electrodo negativo de la pila, es una recomposición debida, únicamente, al poder que tienen ciertos metales de descomponer el agua á la temperatura ordinaria; un efecto secundario y de ninguna manera dependiente de alguna corriente eléctrica; aparece, que sobre tan falsas interpretaciones de los fenómenos electrolíticos, aparentó el Dualismo el carácter de verdad evidente, y el porqué, perdiendo ante la realidad de los hechos todo fundamento, pasó á no tener en Química ningún valor científico.

Por otra parte, ineptas, dichas teóricas electroquímicas, para dar una noción exacta de la afinidad química, aun después de los trabajos de Faraday y Becquerel, y de los no menos importantes de Fabre sobre los equivalentes eléctricos; sin fuerzas para sostenerse ante los hechos en que se apoya la teoría de las *sustituciones* (metalepsia de Dumas); y, contradichas antes, por argumentos decisivos como los de Thenard, que dice: "1º Si la afinidad química no dependiera sino de la fuerza eléctrica, resultaría v. g. que el oxígeno, debiera tener más afinidad con un cuerpo combustible, cuanto más se le aproximase, este último de la serie, y no sucede así en muchos casos. 2º Admitida esta hipótesis sería difícil concebir la adherencia íntima y duradera que contratan las moléculas y es producida por la combinación, porque es de creer que, al verificarse esta, los fluidos se neutralizan; en cuyo caso bastarían los medios mecánicos para separar las moléculas, y no sucede así"; han hecho que hoy, tales teorías electroquímicas, se hallen justamente arrinconadas por los avances de la Termoquímica.

En rigor lógico, Berzelius, el más poderoso defensor del Dualismo, abogó en contra de este; pues, al ser el primero en considerar los ácidos vegetales, y luego, todos los compuestos orgánicos oxigenados, como meros óxidos de radicales compuestos; aceptó, por ello, la combinación de los cuerpos simples con los compuestos, en todo contraria á tal sistema. Al combatir á Dumas y Boullay que, en un memorable escrito sobre los éteres, afirmaron estar constituidos por un ácido, unido á un volumen de vapor de agua y dos de gas oleificante, y parecerse á las sales amoniacales; alegando, algunos años después, que, los éteres, son sales cuya base es un óxido orgánico que tiene virtud de combinarse, de modo directo, con el cloro y otros cuerpos simples, formando compuestos binarios iguales á los de la Química inorgánica; fuera de lanzar una teoría apoyada en una multitud de cuerpos hipotéticos, no sólo patentizó la insuficiencia del Dualismo hasta para explicar los compues-

tos inorgánicos que, constan de radicales como el amonio, el cianógeno y los carbónilos, sulfurios, &c, sino dió á entender también, con arbitrariedad, la división de los cuerpos compuestos en binarios, ternarios y cuaternarios. En fin, cuando aseguró que, la composición de los cuerpos orgánicos era igual á la de los inorgánicos, agregó un *nimis probans* que, como todos los de su liza no probó nada; sobre todo, en presencia de innumerables hechos contradictorios, ante cuya evidencia, según afirma Ignacio González Martí, tuvo de rendirse, Berzelius, "el sabio europeo que no sufría contradicción."

Gay-Lussac había inferido, de los fenómenos por él observados al blanquear la cera por la acción del cloro, y de los que notara al arder el combustible ya blanqueado, que, la mitad del cloro se combinaba con una parte del hidrógeno de la cera, y la otra mitad reemplazaba á otra parte del hidrógeno del mismo combustible. Juan Bautista Damas y Laurent, confirmaron la observación de aquel sabio; el uno, repitiendo el experimento en no pocas sustancias orgánicas, y el otro, en sus trabajos referentes á la naftalina. Ahora bien, como por el hecho de sustituir y reemplazar, el cloro, que es electro negativo, al hidrógeno, que es electro positivo, sin alterar las propiedades fundamentales del compuesto primitivo, aparece de modo evidente, que los dos cuerpos, á despecho de tener electricidad contraria, desempeñan igual función; se deduce pues, que: la formación de los cuerpos compuestos no depende de la neutralización de electricidades contrarias, cual pretendían las hipótesis electroquímicas de Davy, Ampere y Berzelius; y que las combinaciones químicas no son—como las habían creído Lavoisier y sus partidarios—la unión de dos factores, sino entidades de átomos cuyo enlace íntimo no está sujeto á esa, tan artificiosa y violenta distribución dualista, por ser, tales combinaciones, moléculas compuestas de varios elementos unidos entre sí por una fuerza común, y en las cuales puede reemplazarse un cuerpo por otro, no sólo simple sino también compuesto.

Si á lo dicho se agrega, la dificultad de reconocer el carácter dualista de muchos compuestos químicos; el notarse en la formación de numerosos radicales, de igual índole que el cianógeno, muy poco poder *polar*, y constituir al unirse sus componentes, grupos de intensidad considerable de combinación; y la imposibilidad de comprender cómo, los principios del Dualismo, pueden regir las combinaciones de la Química orgánica, ya que esta división de la ciencia no pasa de ser puramente metódica; forzoso es confesar ante la evidencia de los hechos, que la teoría dualista, "parto sublime de un excelso genio", murió, hace años, legando *nil*.

camente á la Ciencia, con la *Nomenclatura química* basada en su sistema, un muy glorioso y memorable recuerdo de su pasado timbre.

En la página 518, línea 44, dice.—Talbot—en vez de Harris.

JUAN J. RAMOS

CONTRASTES

¿Qué mente sublime, qué mano secreta
juntó con ingenio y excelso poder
el punto de arranque del paso y la meta;
lo blanco y lo negro; lo que es, lo que fué?....

Yo he visto del agua la linfa preciosa
por grama y tomillo cantando correr;
y en tanto, con triste sonrisa, una rosa
muriendo á su lado, muriendo de sed.

Yo he visto en las ramas de un fresno florido
de un par de palomas el nido de amor;
y encima, muy cerca del risco partido
á tajo, los huevos que incubaba el halcón.

Yo he visto en los brazos de inválido abuelo
al nieto, con vida de rosa en botón,
juntando sus bucles, cual rayas de cielo
al blanco cabello, cual blanco plumón.

Yo he visto á la infuista viuda plañiendo
al pie del cadáver y ¡válgame Dios!
la infame vecina cantando y riendo
con su último amante, de música al son.

Yo sé que la antigua ciudad de cien puertas,
la histórica Tebas, de Egipto la flor,
es hoy sólo ruinas tan tristes, tan muertas
que arrancan suspiros al grave Memnón;

Mas junto á esas ruinas el Nilo se ufana
con prados de trebol y verde altramuz,
con vegas de espigas y fruta temprana,
con loto sagrado purpúreo y azul.

Yo sé que Alejandro del viejo hemisferio
soñando ser dueño murió á lo mejor;
y un nuevo Alejandro, creando un Imperio
en hórrido islote su vida acabó!....



¿Qué quiere decirnos en gráfico idioma,
—pensémoslo en serio vosotros y yo—
quien busca las cosas más raras, las toma
aquende y allende cual, dueño y Señor;

Y junta en un ramo la rosa y la hortiga;
y mezcla en matices tinieblas y luz;
y acerca y hermana zizaña y espiga
Tabor y Calvario y el Cetro y la Cruz?....

ERNESTO LÓPEZ

Marzo 20 de 1904.

UN SUCEDIDO

que sucedió con Méndez.

I

—¿Qué es el incienso, padre?

—El incienso es una porción de lágrimas.

—Me engañas! las lágrimas son agua de los ojos, y el agua no se quema.

—Pero el agua.... ¿Qué quieres con esta pregunta?

—Nada.... sino ¿qué es el incienso?

—Pues lágrimas de los árboles. Cada gota llorada por una herida, da una lágrima; y para que haya muchas lágrimas se necesitan muchas heridas.

—Así que el árbol.....

—Es árbol de heridas, árbol de lágrimas.

II

—¿Y por qué se pone el incienso, en un brasero?

—Para que arda.

—¿Y para qué el fuego?

—Para que eso que fué lágrimas se marche al cielo.

—¿Y por qué no se quedan las lágrimas como rocío de las flores?

—Hijo mío, el rocío por más que lo digan los poetas, que es el llanto de la Aurora,—no hay tal; sino que, tanto, se ríe la Aurora,—á más no poder,—que, á fuerza de reír, se le desborda la fresca, la pura nitidez de los ojos por sobre las mejillas de rosa. ¡Simpatías de la alegría con las manifestaciones de la pena!.....

—Y quienes son esos que dices poetas?

—Pues unos soñadores, echados en cama de tie-

rra, dormidos á pleno cielo, soñadores con las estrellas y con algo que hay más arriba de los astros....

—Entonces esos señores no entienden lo de por arriba de esos astros.

—Ciertó!—Sueñan, prevcen, se afligen, esperan: quemar el corazón

—¿Como el incienso en el incensario?

—Así

III

—¿Pero quemar las lágrimas de los árboles. Por qué no las desaguan?

—Es que, preguntón mío, hay lágrimas que se secan, que se lavan; hay otras que no desaparecen sino al fuego. El fuego, prendido por los rayos, nacido en el frote de maderos secos, en el golpe del pedernal con el acero, ese agente misterioso en su llegada y en su aparición, es el símbolo del corazón en el mayor de los afectos,—el amor.—Vaya no entiendes lo que es el amor.

—Si amar á Dios

—Si exacto y ¿qué más?

—Al prójimo

—¿Y cómo?

—Como á mi mismo.

—¿Y por quién?

—Por Dios.

—Ciérrate bendita bocuela con este beso que te doy, mojado con las lágrimas de mi corazón.

—¿Incienso?

—*Tateez.....*

Esta escena ocurrió histórica, real, aún mucho más sentida.

La había olvidado el padre, hasta cuando, muerto el niño—antiguo interlocutor, el padre viendo, oliendo el incienso de su misa de Laudate, el padre, camino del cementerio, me relataba este diálogo.

Años después he leído el siguiente simbolismo del incienso, incensario y fuego dado por el anónimo in-

glés de siglo XIII (*Distinctiones Monásticas*)

.....vas notatur.
Mens pia, ilure preces; igne supernus amor; esto es
 "Piedad en el incensario; oraciones en el incienso;
 y, en el fuego, el amor de Dios."

¡Cómo, al través de inocencia, de letras, de piedad, se encuentra por entre la niebla de la historia literaria, palpitaciones de corazón impulsadas por análogos pensamientos!.... Ah la eterna é incomprensible vida de la belleza.....

HONORATO VÁZQUEZ

LECCION DE URBANIDAD

A fé mía, niña, que nunca te habrás mirado en un espejo tan flamante y de cuerpo entero como el que te traigo; capaz de dar quince y raya á un espejo Médicis ó á la mejor lana de Venecia.—Vamos, si querrás cambiarlo con el tuyo que es pequeñito y algo así como embudador ó mal consejero: que, por lo demás, yo me daré por ganancioso en el cambio, adquiriendo una tal prenda tuya. —¿Qué no?... ¿Que es un recuerdo de Panchita?.... Bueno; pero ya que no hayas de venir en el negocio, no rehusarás, por cierto, conocer mi espejo y admirar su bondad.

Helo aquí ¡Mira, alma mía, que primorosamente dibuja la silueta de tu cuerpo! Una sílfide de las florestas ni aun una Venus de los mares ostentaría en su figura perfiles y curvas más gentiles y vaporosas!

¡Bah! Qué desgracia, así que oíste mi galante apreciación, te quedaste en tal guisa que se desvió la cabeza y se hundió entre los hombros el cuello; perdiendo la parte principal de tu cuerpo, con tan caprichosa traza, la ondulación, suavidad y corrección de aquellas olímpicas líneas. Mirate sino. ¿Te avergüenzas, no es cierto?.... Suelta, pues, ese cuello de cisne, yergue la bruñida frente, y ponte derecha, en la línea vertical que es siempre la línea de lo justo, y la

que, en nuestro caso, exigen la naturaleza y el arte.

Así, muy bien; ya estas á mi contento, digo, correctamente; y, una vez por todas, cuando álguien te espete, así á manos lavadas, una de piropos, recíbele afectuosamente, pero en noble postura, cuidando de dominar los grotescos efectos pasionales que da de sí una naturaleza no corregida.

Ahora, mírate en mi espejo el rostro; ese rostro, adorada prisión de mis ojos; ese rostro donde la Primavera de la vida hace su derroche de frescura, jugos y primores; y como que se sienten gorgoritos de enamorado ruiseñor en la garganta; aleteos de mariposa en los rizos del cabello; y se adivina en los ojos luz de luceros matutinos, en las mejillas la sollama y el rosicler de manzanas en sazón y en los labios el perfume de rosas y claveles. Mas, á todo esto, tus manos han estado denunciándome la turbación de tu ánimo con el incesante triquitraque de estrujar la bien planchada falda. No, monina mía, tus lindas, tus sedueñas manos estén en ocasiones como está todo lo tranquilas que sea posible, suavemente arqueadas y cruzadas sobre el seno.

Eso es; ya estás perfectamente. Si así tan llena de compostura y sobrada de gallardía te viera un mortal de buen gusto ¡Cielos; qué daños te hiciera mi espejo! Y aquí para entre nosotros ¿querrás decirme si es verdad que cierto galante, llamado Simplicio Troneras, te ha hecho el oso desde la esquina próxima, con falta de moderación y sobra de zalemas y arrumacos? ¿Te enojas, vida mía? ¿Protestas contra la especie que no ha podido echarla á volar sino la envidiosa Olimpia que se pirra por Troneras?.... Sea, no hay en ello por donde puedas emberrincharte conmigo; y pelillos á la mar. Pero, para mostrarme tu disgusto no necesitabas hacer una mueca tan mona como la que acaba de descuadernar tu rostro, arrugando tu labio, quebrando el arco de las cejas, quitando á los ojos la dulzura de sus rayos directos y nublando la frente con el sobrecejo. Nunca tal hicieras, querida, si alguna vez hubieses observado antes, como lo haces ahora en mi espejo, el efecto que tales contracciones faciales imprimen en tu lindo semblante: era rosa del búcaro de ti

cuerpo, ese asiento y solio real de tu alma, esa encantadora ciudadela de tu corazón, que tan esmeradamente cuidada debe estar. Fuera de que tales visajes son siempre cruzis y propios de conadres, fregarices, hijas de vecina, mujeres de cabo de barrio y otras jentes de semejante pelaje. No es decir que debas comunicar á tus facciones una rigidez fría, mármorea uniforme, como la de la acartonada cara de una desabrida quintañona, sino que una muchacha de rechupete, una rica-hembra como tú, debe hacer habituales de su rostro cierta noble y distinguida flexibilidad y gracia, valiéndose, en el trato de gentes, para la expresión de sus afectos, de un gracejo lianjero pero parco que no del gesto, de la patabra que no de la mímica de pies y manos y del remilgo del rostro. Y en gracia de la oportunidad, ya que de rostro tratamos, préstame tu salvadera de polvos de arroz.— ¡Qué, para qué la quiero? ¡Qué, tienes vergüenza?... Pero, dime, no has llegado á franquearte conmigo, vamos, aún en achaque de cosas tan íntimas como son amor y dichas fúrtivas? ¡Eh! adorada mía, nada de efugios ni melindres con tu amigo, y dame la polveta.— ¡Que está en la mesa de en frente, que soy poco cortés; que debo levantarme y tomárla? Ello es cierto, pero si te exijo que tu misma me la traigas, es para poder observar en mi espejo tu andar. Bien, muy bien; así, ni tardo ni atrepellado, ni afectado ni desgubado. Y sabe que la soltura y la gentileza en el andar de las hembras, tanto nos sugestionan á los hombres, que aun las que no son hermosas nos lo parecen y las que lo son nos saben como á niñas, que por esto dijo el clásico: á la diosa se conoce que lo es en el andar.

¡Qué linda polveta! Si será un recuerdo, una prenda de amor!... En fin, échate al rostro esos polvos.— ¡Ya estás? Pues mira en mi espejo tu faz, como una rosa de Abril empolvada; perdido su nativo arrebol; y luego, á mí que soy devoto del arte y que además, sé que eres triguera, me enojan esas bruchadas rubias, esos herrones blancos, esa marca-rilla de mudas que el sudor resquebraja y accidenta por repugnante manera, como pudiera pasar con hijas de molinero.

Créeme, triguena mía, más te quiero ver morena al natural que no albina de artificio. ¡Si te convencieras de que no hay color como el color de tu rostro, que así sepa expresar las melancolías de la pasión y las ternuras del amor! ¿Qué más? el propio. Esposo del Cantar de los Cantares desfallece de amor por su triguena.

Perdona, niña mía muy querida, que me haya azlado á mayores, como es haberte hecho tales reparos; pero el amor que te tengo es tal que me ha dado licencia para tanto; y por lo que á mi espejo toca, te traeré cuantas veces lo desees que quisiera fuesen muchas; y advierte que tanto puede un espejo que cierta famosa luna que á buen seguro no tuvo la limpidez de una de Venecia, ni mucho menos, corrigió y educó al más grande de los oradores atenienses.

ERNESTO LÓPEZ

HEROES Y HEROINAS

DE SHAKSPEARE (1)

I.

Hamlet y Ofelia.

Comenzaremos nuestra galería de los principales héroes y heroínas que figuran en las más célebres tragedias de Shakspeare, dando lijera noticia de la vida de este genio y dios de la poesía que, á través de una gota de agua, comprendía y analizaba el mundo entero. Los biógrafos ingleses—que han glorificado á enanos de su literatura—olvidaron reco-

(1) Este capítulo es el primero de un libro inédito, cuyo título es el que queda apuntado. Escribimos Shakspeare, y no *Shakespeare* como escriben generalmente, siguiendo al sabio investigador y crítico M. Malone, quien ha visto un manuscrito de puño y letra del poeta, en cual se lee *Wm Shakspeare*.—

ger y dar á luz cuanto se relacionase con la vida íntima y pública del Cisne de Avon. Así, pocas son las noticias fidedignas que de él tenemos; las que corren en muchos libros, son contradictorias, unas, é inverosímiles, las demás.

Bien poca cosa hemos alcanzado, después de consulta prolija á varios autores que han escrito sobre la vida y las obras del autor de Otelo y de Hamlet. Para unos, fué maestro de escuela, desde temprana edad, y luego se conscrió, como actor, en un teatro; para otros, su oficio fué carnicero; y así van las opiniones, desnudas de verdad. Nosotros—siguiendo la afirmación de Kamphell—nos inclinamos á creer que, al par de sus estudios, aprendió el oficio de su padre—quien fué guantero—; que casó, á los diez y ocho años de edad, con una campesina—Ana Hathaway—ocho años mayor al poeta; que se retiró temprano á la soledad del campo, en donde escribió una parte de sus obras inmortales; que, durante su permanencia en Londres, obtuvo distinciones y favores de la reina Isabel y de Jacobo I, quien le escribía cartas de su puño y letra.

Concepción clara y precisa fué siempre la del poeta, y la expresión fácil y cabal, tanto que, en la copia de manuscritos encontrados en su estudio, con admiración se observa que casi no hay en ellos palabras borradas. Caso harto raro el súyo: murió en la misma fecha de su nacimiento—el 23 de Abril de 1616—á los cincuenta y dos años cumplidos. [1] Fué enterrado en la iglesia de Stratford, y sobre la losa de su tumba, se lee el siguiente verso, que el mismo escribió para que se pusiera en ella:

Good friends, for Jesus' sake, forbear....

El doctor Ben Jonson, poeta y amigo íntimo de

(1) Sorprendente y misteriosa coincidencia: Cervantes—el mayor ingenio que ha dado España—murió el mismo día que Shakspeare. Un escritor inglés contemporáneo acaba de confirmar, que *Cervantes died at Madrid, on the same day as his great contemporary Shakspeare, on the 23 rd of April, 1616.*—

Shakspeare, dice, hablando de éste:—"Amé al hombre y honro su memoria casi hasta la idolatría; fué honrado, de genio apacible y muy coniado--."

En tiempos en que el puritanismo dominaba en Inglaterra, con su odio implacable contra el Arteliterario--señaladamente contra el teatro--se explica que hayan sido proscritas, durante un siglo, las obras dramáticas del Bardo inglés; mas, pasado el predominio de aquella secta religiosa, tornaron á ser la lectura, la enseñanza y el solaz, desde el soberbio castillo del potentado, hasta la morada humilde del hijo del pueblo. Y ésto, por cuanto no es poeta únicamente: es también historiador que narra grandiosa y fielmente--en la serie de sus dramas históricos--los sucesos culminantes de su Nación. Para desenvolver las facultades de su genio, abríale campo vastísimo el género histórico. Así se explica por qué el libro de sus dramas y tragedias anda en manos del pueblo con más profusión que la Biblia, con ser que ésta, si no gratis, la obtiene á ínfimo precio. En Inglaterra, todo habla y recuerda al trágico insigne: óyese donde quiera el rumor solenne y prolongado de las alas de su genio poderoso. Si visitáis los museos, la Torre de Londres y otras curiosidades, vuestro *cuerpo* os enseñará el calabozo en el cual Ricardo mandó asesinar á los jóvenes príncipes, sus sobrinos, y os remitirá luego á Shakspeare, que ha descrito grandiosamente suceso tan horrendo. Lo mismo en la abadía de Westminster: cuanto en élla se ve, recuerda al *gran inglés*, sobre todo, al contemplar los reyes y reinas que figuran en sus tragedias y que, esculpidos en piedra, allí reposan.

Las obras de los grandes poetas de la antigüedad son á manera de monumentos que ilustraron y complementaron las narraciones severas de la Historia. Las tragedias de Esquilo, de Sófocles y de Eurípides, vienen á ser, con los comentarios de Aristóteles, el complemento de las narraciones de Heródoto y de Tucídides. Es así como la Filosofía de la Historia "caracteriza las edades del mundo, con su fisonomía propia, distinguiendo las leyes generales que presiden al desenvolvimiento del espíritu, y las formas particulares que impone, á cada nación, la

diferencia de clima, de gobierno y religión—"(1).

Un escritor alemán—admirador fanático de las tragedias del Bardo inglés—expresa, que el teatro en que éstas se representan es el mundo entero, de donde proviene la unidad de lugar; que el período durante el cual se desenvuelve la acción, es la eternidad, lo que constituye la unidad de tiempo, y que estas dos unidades, grandiosas y sublimes, proporcionan el héroe de sus tragedias—que no es otro que la humanidad—con sus grandezas y mezquindades, con sus virtudes y crímenes; héroe que sin cesar muere y que sin cesar resucita; que experimenta amor y odio, crueldad y compasión, pero que, al fin, más ama que no aborrece; héroe que hoy se arrastra como gusano imperceptible, y que mañana se alza grande, altivo, prepotente, como el águila; enano y gigante juntamente.... Hé aquí el ciclo interminable que abraza los destinos de la humanidad, y que nadie lo ha descrito con tan sublime fidelidad como William Shakspeare. Genio el suyo, que siempre halló con su grande *intensidad de vida poética*, lo que hubo menester para sus creaciones: lo hallaba en la naturaleza y en los hombres.

Sorprende que hayan sido los ingleses—hasta hace un siglo—quienes menos comprendieron á su insigne Bardo, como son también quienes menos estiman á Byron—quizá á éste con alguna razón—: el autor de *Childe-Harold* no pudo disfrazar su inquina contra la alta sociedad inglesa: de aquí sus tremendas invectivas, que no se le perdonan. Son los alemanes—gente seria, reposada y estudiosa—quienes más y mejor que otros, sean franceses, italianos ó españoles, han estudiado, comprendido y comentado al poeta de quien hablamos, como lo han hecho igualmente con el insigne Calderón, hermano gemelo del trágico inglés. A nosotros—americanos descendientes de españoles—nos admiran los estudios prolijos y concienzudos que han hecho sobre estos dos genios portentosos, Lessig, Wieland, Goethe y Schlegel, y sus admirables traducciones en prosa, en lo cual hay acierto; pues, ape-

(1) M. Artaud—*Étude sur Sophocle*.

nas concebimos una buena traducción en verso, de autor extranjero. La que se hace en prosa, se acerca al original y—según que sea la aptitud del traductor—traslada con más ó menos fidelidad, los tipos, bellezas y caracteres, sin detrimento de la verdad y de la excelencia de la obra que se traduce.

Los hombres de genio peregrino, que más han ocupado á los literatos y críticos, de tres siglos atrás, son, sin duda, Shakspeare y Cervantes. ¡Y qué no se ha dicho de ellos, y cuánto absurdo no se ha puesto como verdad! Escritores españoles—quizá con fundamento—afirman que el Bardo inglés, no únicamente tomaba los argumentos de sus tragedias y dramas de la historia de su patria, del antiguo teatro griego y de los viejos cuentos y leyendas de Italia, sino también de ciertas producciones castellanas de Calderón, de Lope de Vega y de algún otro escritor de entónces, los cuales tomaron el asunto de sus obras dramáticas de la tradición épica castellana, la que—según el decir del docto y laborioso Académico Señor D. Ramón Menéndez Pidal—nuestro ilustre huésped actualmente—“diluyó su vida por un nuevo género de arte nacional, apoderándose de nuestra naciente poesía dramática, infundiéndole su espíritu, su manera de ser y—hasta en lo posible—su misma forma narrativa. El elemento épico—tradicional fué el que más rigurosamente nutrió las raíces de los tres grandes teatros de Grecia, Inglaterra y España” (1). Hay Académico—de la Española—que afirma, que la Diana de Montemayor inspiró á Shakspeare la pica dramática intitulada, *The two gentlemen of Verona*. Tal afirmación la tenemos por violenta, después de haber leído y comparado una y otra obra. No así respecto á las semejanzas de los dos preciosos poemas, *Daphnis y Cloe*, de Teócrito, y *Pablo y Virginia* de Sainte-Pierre. Bien se puede afirmar que el poeta francés se inspiró, para escribir su lindo poema, en el idilio del poeta griego. Mas, con criterio semejante, llegaríamos á afirmar, que nada original y nuevo se ha

(1) La Leyenda de los Infantes de Lara—cap. IV—pag. 119.

escrito, desde que el sol nos alumbra. Autores hay que, por dar á conocer erudición, creen hallar imitaciones y argumentos de escritores antiguos, en lo mejor que se ha escrito en el mundo de las letras. Sin embargo, ¿Quién negará que partos excelentes del ingenio humano, tuvieron origen en una vulgaridad, que ha venido de antiguo, en una conseja de abuela? Ahí está el *Fausto* de Goethe—obra que disputa la primacía á las más levantadas de Shakspeare—; y el *Fausto* surgió en la mente portentosa del poeta germano, recordando la leyenda que, desde niño, oyó contar á abuelas y á nodrizas! Pero Goethe—bien así como Shakspeare—supieron, cual hábiles alquimistas, *trocar en oro purísimo al guta metal*: que sólo el genio tiene virtud y poder para obrar semejantes milagros.

El *Juan Tenorio* de Zorrilla, que tanto renombre dió al poeta—especialmente entre estudiantes y gente literata, que son los más de los que leen libros—fue tomado, como es bien sabido, de *El Burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, obra inmortal sin parecido en el teatro español. Dice á este propósito el erudito académico D. Juan José Herranz lo siguiente:—"Pocos personajes de comedia han logrado vida tan larga y triunfante como los que aún goza *El Burlador de Sevilla*. D. Juan Tenorio, hijo de la fantasía de Tirso de Molina, ha sido profijado, luego, por tantos ingenios, que el número de sus padres se acerca al de sus fechorías: Molière, Corneille, Sadowel, Goldoni, Zamora, Zorrilla y otros escritores han reproducido la figura de D. Juan."—El justamente célebre D. Marcelino Menéndez Pelayo, hablando del gran Fraile D. Gabriel Téllez dice:—"Pasada ya—aun en Alemania—la fiebre calderoniana, pocos niegan al egregio Mercenario el segundo lugar entre los maestros de nuestra escena, y aún son muchos los que resueltamente le otorgan el primero y el más próximo á Shakspeare; como sin duda lo merece, ya que no por el poder de la invención, en que nada aventajó á Lope—que es por sí solo una literatura—á lo menos por intensidad de vida poética, por la fuerza creadora de caracteres y por el primor insuperable de los detalles."—Pero muchísimos años antes de que

Tirso y Molière escribiesen, úno su *Burlador* y ótro su *Convidado de piedra*, existieron don *Juanes*, en relaciones orales y en añejas leyendas: como quiera que es tipo eterno y vivo en la sociedad, en la cual representa el arrojo, la altivez caballeresca, en suma, el vicio, ataviado con prendas que alejan su repugnancia y conmueven y deleitan á *la plebe ignorante y crédula*—dice Moratín—aunque repugne á la sana crítica, como pasa con los héroes de los dos poetas arriba nombrados y de otros de nuestros tiempos. El *Don Juan* más poético, inverosímil y fantástico, es el de Byron; el más absurdo—perdónesenos la franqueza—es el de Zorrilla, quien se propuso hacer que su héroe excediese en proezas escandalosas, á cuantos don *Juanes* ha habido y acaso habrá en la sucesión de los tiempos. El sáyo es renegado, matón, y atropella por todo lo que es santo y respetable; casi no hay frase de sus labios que no lleve amenaza ó blasfemia. ¡Y por tan bellas prendas, alcanza la salvación de su alma, en tanto que Tirso de Molina, á este mismo D. *Juan Félix*, le manda á los infiernos, como es natural y justo!

Volviendo á Shakspeare, réstanos decir, que la Italia trágica y la risueña, de siglos pasados, le suministraron copia de los elementos que dieron forma, y vida y carácter á muchas de sus creaciones sublimes, que tienen el calor, la intensidad y la poesía de aquella Nación, paraíso del Arte.

Por hoy, hablaremos de Hamlet y de Ofelia. Luego figurarán en nuestra galería los principales héroes y heroínas de las más famosas tragedias del Dramaturgo inglés, entre las cuales se encuentra, en primer término—después de Hamlet y Ofelia—Otelo y Desdémona. Romeo y Julieta, Macbeth y el Rey Lear, Cordelia y otras.

Sin temor de equivocarnos, podemos afirmar que la mejor tragedia de Shakspeare —después de Otelo— Es Hamlet. ¡Cuánta belleza, cuánta profundidad, y qué fiel retrato de las contradicciones humanas se admiran en esta creación acaxvillosa! Analizador pro-

fundo de las pasiones, describe el poeta con verdad sorprendente los afectos que agitan el corazón del hombre, y mide la fuerza de los impulsos de nuestra vida moral. En Hamlet, penetra hondo en los abismos del misterio, de donde saca gérmenes de vida y de fuerza. Ahí campean la duda y el rencor, la crueldad y el espanto, la grandeza, en fin, todas las pasiones que llevan á la humanidad en constante zozobra y lucha perpétua, con sus energías varoniles y sus desapoderadas vehemencias; pero en todas aquellas situaciones, vate sus sinientras alas la locura.

El sabio alemán Ulrici encuentra en Hamlet "todos los sofismas y prevaricaciones de la conciencia; las grandezas del proceso misterioso que convierte la sensación en deseo, el deseo en estímulo, el estímulo en pasión, la pasión en resoluciones, y las resoluciones en actos."—De este riquísimo arsenal sacó el poeta los elementos para dar forma tangible al tipo excepcional de sus tragedias. Justo es que esté considerado como el sol intelectual que—de tres siglos atrás—viene iluminando, no sólo á aquella *Merry England*—su patria—sino al mundo entero que ama la belleza.

El personaje de Hamlet es un problema abstruso, que se ha prestado á mil conjeturas, á afirmaciones y negaciones de toda suerte. Muchos libros, de crítica y de análisis, se han escrito sobre esta producción asombrosa. Dryden la califica como obra *única y singular*, acaso por ser la más complicada y perfecta de cuantas escribió Shakspeare. En Hamlet se halla representada la humanidad, con sus excelencias y bajezas, con sus caprichos y perplejidades. Créese éste superior á los demás hombres; es soberbio, filósofo, escudriñador del misterio, pero inconsecuente y fanático; en ocasiones, es hasta brutal. Su pasión por Ofelia tiene algo de bárbaro y mucho de sensual: es duro y cruel con la pobre niña. Alguna vez se presenta como narrador frío, y también como filósofo moralista. Juzga al hombre; declara su imperfección; conoce sus pasiones y mezquindades y su propensión eluctante al mal....¿No está representada en aquel personaje la humanidad, cual siempre ha sido?....Pero, desde que el mundo es mundo, nin-

gún autor ha sabido pintar sus caracteres con tanta grandiosidad, ni con tanta pureza y perfección en la forma como Shakspeare.

Conocido el crimen cometido por su madre—á quien aconseja que use siquiera del *disfraz de la virtud*—entra en desaliento profundo; su razón se ofusca, luego se perturba, y en esta situación, nada bueno ni noble encuentra en el mundo, el cual, es para él, *tan sólo un calvario funesto*, y la misma virtud, no más que pura hipocresía. ¡Cuán profunda exclamación la suya cuando, en su discurso, conociendo la artera hipocresía del rey Claudio, y la mal encubierta inquietud de la Reina, dice *Fragility, thy name is woman!* (1) Hamlet, aunque medio loco, ama lo grande y noble y aborrece la vulgaridad y el vicio hipócrita. Su locura parece más bien fingida, que no real; pues con esta traza juzga fácil satisfacer su venganza contra su tío Claudio, el matador del padre y el nuevo esposo de la madre. Con ser instruido y valeroso, se cree incapaz de todo acto que demande resolución y coraje; pues—según su decir—sus determinaciones *se marchitan á los pálidos reflejos de sus pensamientos*. Pero tiene que cumplir el repetido mandato de la sombra de su padre, que le pide y urge vengue el ultraje y el crimen cometidos. Al fin, cumple la orden premiosa, si bien cobardemente. (1) Pero, antes, había matado *como á una rata*, y sin saberlo, á Polonio, padre de Ofelia. La venganza de Laertes—hermano de ésta—no pasa de bulla y aparato, sin ninguna consecuencia, al principio; mas, luego, los combatientes—hermano y amante—mueren heridos por la misma espada que envenenó el rey Claudio.

(1) ¡Fragilidad, mujer te llamaría!

(1) ¡El argumento de Hamlet se ha tomado de una antigua crónica dinamarquesa, escrita—según afirma M. Malone—por Tomás Kyd, hace siglos. Shakspeare la escribió el año de 1600, y Payne y Foss la publicaron—por primera vez—en 1603. En esta tragedia portentosa todos los personajes trabajan de consuno hasta la realización de la catástrofe más espantosa.

La desdichada Ofelia—niña rubia, bella y delicada—ama al danés Hamlet, descendiente de familia real; hombre que, aunque filósofo y pensador profundo, padecía de alucinaciones de loco, y llegó al fin á ser loco rematado. ¡Había en el lenguaje de aquella niña rubia tanta melodía, tanta ternura apasionada! era tanta la fascinación, el encanto y atractivo de sus movimientos! Belleza peregrina, en suma, creada por el genio del gran poeta, para ser adorada.....

Veamos cómo narra la leyenda el origen de la pasión de Hamlet por la encantadora Ofelia.—Cuando yo iba á partir para Wittenburg—habla éste—fuí á despedirme del padre de la niña, quien dióme—á guisa de viático—buena provisión de consejos útiles para la vida. Luego llamó á Ofelia para que nos sirviese la copa del estribo—*the stirrup cup*.—Cuando miré que se acercaba, trayendo el plato con las copas de vino, y cuando me miró con sus grandes ojos llenos de luz, no sé lo que me pasó.... En mi enajenamiento, tomé una copa vacía, en lugar de otra llena. Hízola sonreír mi equivocación; pero aquella sonrisa iluminó su rostro, y animó sus purpúreos labios, que probaban á esconder los besos sonrosados, dados por los síllos....

Preguntábame después: ¿qué significan aquella sonrisa, y aquella voz tan melódica y lánguida? Es, por ventura, un reflejo del cielo, ó es más bien el mismo cielo que refleja la brillantez de sus ojos?.... No se une aquella sonrisa—por alguna conexión misteriosa—á la callada armonía de las esferas, ó bien, no es sino la expresión terrestre de más trascendentales armonías?.....

Regresó Hamlet, y á padre é hija llevó al castillo de Helsingor; allí tomó creces la pasión amorosa de los jóvenes.—Un día que vagábamos por el jardín del castillo—así habla Hamlet—juntando á fútiles niñerías dulcísima parla, el corazón se desbordaba en deseos.... Bien lo recuerdo—y jamás podré olvidarlo— ¡cómo el canto del ruiseñor me pareció pobre comparado con la dulcísima voz de Ofelia! cómo

hallaba yo sin gracias las flores del campo, si las comparaba con los frescos labios de Ofelia!.... Y esta niña de talle esbelto y de belleza peregrina, caminaba á mi lado como una celeste aparición!....—

Así hablaba Hamlet, el danés, para explicar su pasión por la niña.

Es desdicha, y grande, que los hombres débiles y un tanto egoístas—que son mucho de los nacidos—cuando experimentan alguna contrariedad—ó llevados de aviesa inclinación—extremen su injusticia hasta dar, y con crueldad, con las personas que más aman!....¿Será verdad que vivimos para padecer y mortificarnos, y también para mortificar y hacer sufrir á nuestros iguales, con nuestras injusticias y caprichos?.... *Quien bien te quiere te hará llorar*—dice el refrán castellano.—

Y tal aconteció á Hamlet, desde que su razón principió á turbarse—por haber visto la sombra de su difunto padre—para hundirse luego en los oscuros abismos, de la locura real. Mortifica, trata mal á la delicada Ofelia, con palabras ofensivas, con groseras alusiones.—*Go to a nonnery*—la dice con imperio (1). y la repite la frase con insistencia, varias veces, en medio del discurso más sabio que puede producir la boca de un loco.—*Véte á un convento*—repite—¿*Por qué has de ser madre de pecadores?*.... *Yo soy honrado á medias; pero más me valiera que mi madre no me hubiese dado á luz*.... *Todos somos unos miserrables; no creas á ninguno*.... *Véte á un convento*.—Luego la maldice, y acaba la grosería de su discurso con esta extravagancia que, sin embargo, puede ser verdad:—*Si te casas, cásale con un necio*.... *vosotras convertís en monstruos á los discretos*.... La pobre Ofelia, toda ella avergonzada, baja los ojos exclamando:—*¡Dios mío, amparadle! devolvedle la razón!*—

En otra ocasión, contemplando con ojos lascivos la gallardía del cuerpo de la niña, pretende sentarse en su regazo, y como fuese rechazado por ella, se recuesta á sus pies, y prorrumpe en la cláusula brutal y desvergonzada, que comienza así:—*There is*

(1) Véte á un convento.

à faire thought.....y que no la terminamos por decoro, pues que, sólo podría oírse sin escándalo, en orgía de gente libertina. (1) Siguen las alusiones ofensivas, y al fin la martirizada Ofelia le dice con voz de queja:—*¡Qué malo! qué malo sois!*—

Asegúrase, y con sobra de verdad, que la locura es contagiosa. Un loco puede tornar locos á cien cuerdos; en tanto que un hombre cuerdo, no volverá la razón á un loco, sino por obra de milagro. Así, la triste Ofelia principia á sentir que va turbándose su razón—en parte, por el pesar que le causó la violenta muerte de su padre—que son inconexas sus ideas. Pero la manifestación de su locura es tranquila, es plácida. Su tema es el canto, ¡y qué canto tan sentido y melancólico! Es para hacer llorar al corazón más duro. Tiernas y tristes baladas de tiempos antiguos y amorosos refranes, entona á la continua. Su hermano Polonio—que la escucha—exclama con grande amargura:—*A los pensamientos, á la aflicción, á la pasión, al mismo infierno, imprime el sello de su dulzura y encanto.*—

Vedla ataviada con las más bellas flores del campo, ocupada en tejer una girdalda, con las que lleva en la falda.... ¡Y cuán inocentemente sonríe, en tanto se dirige al cercano río!.... ¡Oh! dejadla que siga hacia aquella mansa corriente que luego la dará lecho, en el cual han de acabar sus penas y disgustos! Aquellas aguas son menos engañosas que el corazón del hombre; menos volubles que la insegura esperanza que nos sustenta, y menos rápidas, en su huida, que las horas del contento y las dulces ilusiones que, en veces, nos visitan.... ¡Ah! que el alma enferma no tiene otro refugio sino la tumba!

Llega á la orilla, y trepa á la rama de un viejo sauce que, inclinado, se mira en la limpia y tranquila corriente.... Prosigue la niña su labor, cantando siem-

(1) Moratín prescinde de traducir el verso licencioso cuyo principio hemos apuntado; mas—en nota—lo transcribe íntegro, en inglés, como para picar la curiosidad de los lectores que no conocen la lengua inglesa, y urgirles, quizá, á que se empeñen en conocerlo traducido.

pre.... Empénase en tomar una flor acuática; pero, mientras brega por alcanzarla, cruje la rama que la sostiene; va cediendo, cediendo poco á poco, hasta que, al fin, se troncha, y descende á la corriente del río, con la carga ligera que sustenta. Indíase y se extienden los vestidos de la niña, y la sostienen, por unos momentos, sobre la superficie de las aguas. Ella, entre tanto, sigue cantando sus baladas, que son como las melodías que salen de la garganta de un moñeñor moribundo, y no sabe darse cuenta del duro trance en que se halla.... Pero semejante situación no podía prolongarse: el vestido, ya embebido por el agua, se repliega al cuerpo de la niña, la cual va sumérgiéndose lentamente, hasta que, en breves instantes, desaparece de la superficie.....

En Inglaterra, se cuenta á los niños, para entretenerlos y arrullarlos, la historia lamentable de Hamlet, el danés, que amó á la infortunada Ofelia, y que la amó tanto *cual pudieran amar mil hermanos*. Pero á nosotros—gente provecta—se nos refiere, además, que el amante aquel tornóse loco, porque, en la obscura soledad de su alma, vió la sombra temerosa de su padre, ya difunto, que le pedía vengase su muerte; porque el mundo—según su trastocado entender—jiraba al acaso, fué de sus ejes, y se sentía nada poderoso á volverlo á colocar sobre éstos; porque, en el Wittenburg alemán, á fuerza de pensar y más pensar sin trégua, acostubróse á la vida incerte; porque, en fin, en su calidad de hombre—oidlo bien—llevaba en sí marcadas disposiciones para la demencia....—Así explicamos, con autoridades irrefutables, la causa de la locura de Hamlet, origen de los desastres de aquellos amantes desdichados (1).

Cuenca: Enero de 1935.

ROBERTO ESPINOSA

(1) Conocemos algunas traducciones del Hamlet á nuestra lengua. Decíamos—en nuestro corto entender—que to-
do nos parecía mediocres y—¡quién lo creyera!—la del

MUESTRAS

A NUMA POMPILIO LLONA

En la época del terrorismo radical.

Condor del Chimborazo, en raudo vuelo,
La cumbre gana del excelso atlante
Y abarquen tus pupilas, un instante,
La escena singular del patrio suelo.

¡Visión de horror!... En sanguinoso duelo
Todo sumido está. Surge triunfante
De la virtud, el vicio, y arrogante,
—¡Victoria!—clama, desafiando al Cielo.

¿Quién de la infame nota nos redime
De vil esclavitud? ¡Tu estéril llanto
Truéquese en honda cólera sublime!

¡Arroja, gladiador, el regio manto;
Salta á la arena, y en la lid esgrime
La espada vengadora de tu canto!

insigne Moraffa, es quizá la menos feliz. Sin que el afecto nos ciegue, hacemos constar, que un Americano del Sur—poeta conocido—supera á los más de los traductores europeos. Hemos afirmado siempre que los traductores franceses son los más honrados y fieles—de cuantos se ocupan en labor tan impropia—al trasladar una obra literaria de una lengua extraña á la súa. Alfredo de Vigny y M. Guizot—quienes conocieron á fondo la lengua inglesa—son los que más han estudiado y mejor traducido al Bardo inglés, sin exceptuar á Victor Hugo, á Dumas, ni á Alfredo de Musset. Don Guillermo Macpherson, Cónsul de Inglaterra en Madrid, ha traducido últimamente á lengua castellana buena parte de las obras dramáticas de Shakspeare. Como apenas hemos leído este trabajo, no aventuramos opinión alguna sobre él; pero, si nos complace declarar, que la extensa biografía del inmortel Dramaturgo inglés escrita por el docto Señor D. Eduardo Benot—es estudio de muchísima importancia, que ha demandado gran copia de documentos, profundos estudios de la lengua y literatura inglesas y suma labor. Cúmplesenos tributar un acto de admiración y de aplauso á este ilustrado escritor.

A MIGUEL MORENO

En la muerte de su esposa.

Cuitado trovador, á las orillas
Del claro Tomebamba, de tus males
Plañías la canción, en las sencillas
Estrofas de tus cantos *matinales*.

Mas no por ellas solamente brillas,
Que en tanto jime el harpa en los sauzales
De templos cubres las paternas villas:----
¡Son esos tus poemas inmortales!

Mas ay!, como en el mundo se eslabona
Con la gloria el dolor.... Vate cristiano,
Faltábate de mártir la corona.

Y la obtubiste ya: premio á tu celo
En tu pecho, el Señor, metió la mano, (1)
Y se llevó tu corazón al Cielo.

L. CORDERO, D.

(1) Reminiscencia.

